

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

SANTA ISABEL, viuda, reina de Portugal: esclarecida en virtudes y milagros fué canonizada por el papa Urbano VIII. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS AQUILA Y PRISCILA, su mujer, en el Asia menor, de quienes se hace mención en los Hechos de los Apóstoles.

LOS CINCUENTA SANTOS SOLDADOS MÁRTIRES, en Porto; los cuales convertidos á la fe en el martirio de Sta. Bonosa, y bautizados por el papa S. Felix, dieron la vida en la persecucion de Aureliano.

SAN PROCOPIO, mártir, en Palestina; el cual en tiempo del emperador Diocleciano fué llevado de Scitópolis á Cesarea, donde el juez Fabiano á la primera pregunta viendo su firmeza, lo mandó degollar. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MONGES ABRAHAMITAS, en Constantinopla, los cuales por defender el culto de las santas imágenes contra el emperador Teófilo fueron martirizados. (Llamáronse Abrahamitas estos santos porque vivían en un monasterio de Constantinopla titulado de S. Abraham.)

SAN CHILIANO, obispo, en Witzburgo en Alemania, al cual envió el papa á predicar el Evangelio; y habiendo convertido muchos á Cristo, fue cruelmente martirizado junto con sus compañeros COLOMANO presbítero, y TOTUANO diácono.

SAN AUSPICIO, obispo y confesor, en Tréveris.

SANTA ISABEL, VIUDA, Y REINA DE PORTUGAL.

SANTA Isabel, biznieta de Sta. Isabel reina de Hungría, fué hija mayor del rey D. Pedro III de Aragon, y de Constanza su mujer hija de Manfredo rey de Sicilia, y nieta del rey D. Jaime, llamado *el Santo*, y *el Conquistador*, por su virtud y por sus valerosas hazañas. Nació en Zaragoza el año de 1271, y su nacimiento llenó de tanto gozo á toda la casa real, que restableció la union y la buena inteligencia entre su padre y su abuelo, discordes y mal avenidos desde largo tiempo antes; presagio feliz del singular don con que el cielo la favoreció para componer las diferencias que se habían de suscitar despues entre los príncipes de su familia. Llamáronla Isabel, en memoria y en honor de su santa bisabuela, canonizada cuarenta años antes por el papa Gregorio IX. Quiso encargarse de su educacion el rey D. Jaime su abuelo, y muy presto descubrió el virtuoso monarca, así la nobilísima indole, como las grandes disposiciones para la virtud



STA. ISABEL, VIUDA,
Y REYNA DE PORTUGAL.

con que habia nacido la infanta. Nada la divertia en su niñez sino los pequeños ejercicios de devocion en que se ocupaba. El tierno amor que profesaba á la Santísima Virgen, á quien llamaba siempre su querida madre, la inspiraba muchas piadosas industrias para honrarla. A ninguna cosa parecia tomar gusto sino á la oracion, y el mayor que la podian dar era prometerla que la llevarian á alguna iglesia, ó algun oratorio para que se encomendase á Dios. Perdió á su abuelo el rey D. Jaime á los seis años de su edad; pero la razon y la virtud anticipada de la infanta mostraron que ya no tenia necesidad de lecciones. Un aire dulce y agradablemente serio, una modestia majestuosa, una aversion á galas, fausto, profanidad y diversiones, con una inclinacion natural á la soledad y al retiro dieron asunto de admiracion á toda la corte, sin que en ella se hablase mas que de las raras prendas, y de las grandes virtudes de la princesa. Era su virtud muy superior á sus años; aun no contaba mas que ocho, y ya maltrataba su cuerpo con los rigores de la penitencia. Ayunaba con el mayor rigor las vigiliass de las festividades de la Santísima Virgen, y todos los sábados del año. Comenzó á rezar todos los dias el oficio divino que rezan los eclesiásticos, y lo continuó indispensablemente hasta la muerte. Pasaba horas enteras en oracion, y solia decir el rey su padre que la infanta era el ángel de guarda de sus estados, y que á ella debia las bendiciones que el cielo derramaba tan abundantemente en todos sus reinos. Apenas llegó á los doce años cuando á competencia la pretendieron los mas de los príncipes de la Europa, así por la fama de su extraordinaria hermosura, como principalmente por la de su singular virtud. Escogió entre todos el rey de Aragon á Dionisio rey de Portugal, hijo de Alfonso III, que con el tiempo esperimentó en muchas ocasiones las ventajas que le habia producido esta dichosa preferencia.

No alteró las costumbres de Isabel la mudanza del nuevo estado. Vivió en la corte de Portugal como habia vivido en la de Aragon. No la deslumbró el resplandor de la corona, ni los regalos de la majestad debilitaron el espíritu de la penitencia. Quanto era mayor su elevacion, era mas sobresaliente su humildad. Siendo ya dueña de mas tiempo, y mas señora de sus acciones, usó de su libertad para añadir á las devociones antiguas otras nuevas. En medio de la corte arregló un género de vida, que se acercaba mucho á la de las religiosas mas observantes. Levantábase al amanecer, y despues de la oracion, que hacia con mucho fervor, rezaba maitines, laudes y prima del oficio divino. Oia inmediatamente misa, en la que comulgaba muy á menudo, y

acabada ésta rezaba el oficio parvo de la Virgen, y el oficio de difuntos. Despues se ocupaba en el gobierno de su real familia, y en cumplir con las demás obligaciones de su estado, teniendo destinadas varias horas para ejercitarse en muchas buenas obras. El tiempo que la sobraba le empleaba todo retirada en su real capilla, parte orando, parte leyendo libros espirituales, y parte cumpliendo con las demás devociones. Nunca estaba ociosa; el tiempo señalado para descansar le ocupaba en la labor, y toda cuanta hacia la enviaba á las iglesias, de donde tuvo principio en las señoras de Portugal la ejemplar costumbre de trabajar siempre para el culto divino, y para los sagrados ornamentos.

Persuadida la reina á que una de las primeras obligaciones de una señora cristiana es vivir bien con el esposo que el cielo la dió, y velar sobre el proceder de toda su familia, no perdonó á medio alguno para ganar el corazon del rey su marido, para arreglar su real cámara, y para que cada dia fuesen mas cristianos sus criados y criadas. Santificaba á toda la corte la virtud de la reina: sus obras eran enseñanza, y ninguno podia resistir á la eficacia de sus ejemplos. Hicieron los cortesanos cuanto pudieron para que moderase sus penitencias; pero ni la delicadeza de su complexion, ni su calidad, ni su soberania, ni los pocos ni los muchos años fueron pretesto legítimo para que las minorase. *En ninguna parte es mas necesaria la mortificacion, decia la santa reina, que donde las pasiones están mas vivas, y donde son mayores los peligros.* Por tanto, léjos de disminuir, aumentó sus rigores luego que se vió en el trono.

Además de los ayunos de la Iglesia, ayunaba tres dias á la semana, todo el adviento, desde el dia despues de S. Juan Bautista hasta la asuncion de la Virgen, y poco despues de concluida esta cuaresma daba principio á otra en honor de los santos ángeles, la que duraba hasta el dia de S. Miguel. Una de sus mas sobresalientes virtudes fué la caridad con los pobres. Acostumbraba decir, que Dios solo la habia hecho reina para darla mas medios con que hacer limosna. Tenian orden sus limosneros de no negarla jamás á ningun pobre. No se pasaba dia sin que hiciese alguna visita á los pobres enfermos, y muchas veces los iba á buscar hasta en las aldeas del contorno. Mas de una vez manifestó Dios con milagros lo grata que le era la caridad de Isabel. Visitando en cierta ocasión á una pobre mujer que estaba cubierta de llagas, se sintió movida á abrazarla la piadosa reina para vencer su repugnancia: ejecutólo intrépidamente, y en el mismo punto quedó la enferma enteramente sana; y la princesa con nuevo vigor para vencerse á sí misma. Estendíase á todo su

caridad, y no se edificó en su tiempo iglesia, hospital ni puente al cual no estendiese liberalmente la mano. Con este zelo tomó á su cargo el acabar el monasterio de las monjas de S. Bernardo, llamado Almoester, y perfeccionar y dotar el hospital de los Inocentes de la villa de Santaren, y edificar otro en Coimbra junto á su palacio, y fundar allí mismo el gran convento de Santa Clara, para cuyo establecimiento hizo ir allá seis monjas del de Zamora. En las casas que destinó para las mujeres arrepentidas, y niños espósitos, y en otras piadosas fundaciones dejó esclarecidas pruebas de su zelo por la gloria de Dios y la pureza de costumbres, y de su misericordia para con los pobres.

Todos los viernes de cuaresma lavaba los pies á trece mujeres pobres, y lo mismo hacia el jueves santo. Una de ellas tenia en el mismo pié una asquerosa llaga que causaba horror. Quiso la santa reina curársela por sus manos; lavóla, besóla, y en el mismo instante desapareció la llaga de la pobre mujer. Dicese, que llevando un dia en el regazo una buena porcion de dinero para repartirle entre los pobres, preguntada por el rey su marido, ¿qué llevaba? respondió la Santa, que rosas; pero como no era tiempo de ellas, picándole al rey la curiosidad, quiso verlo, y quedó admirado, cuando sus mismos ojos le dieron testimonio de que la reina habia dicho la verdad: milagro que luego se hizo público; y para perpetuar su memoria, hasta el dia de hoy se representa en las imágenes y en los retratos de la Santa.

Era preciso que fuese bien ejercitada una virtud tan eminente; fuélo tanto la de nuestra santa reina, que la dió mucho que padecer. Era para ella una pesadísima cruz la vida licenciosa y desordenada del rey su marido; pero la llevó con tan heróica paciencia, que jamás se la escapó ni la mas ligera queja, ni la mas mínima señal de disgusto ó sentimiento. Menos ofendida de sus agravios que de las ofensas de Dios, se contentaba con clamar en secreto al Señor por la conversion del rey, pidiéndosela sin cesar con oraciones, con lágrimas y con limosnas. A los hijos bastardos del rey su marido, mandábalos traer á su presencia y proveíalos de lo necesario. Y de tal manera rindió el corazon del rey la prudente y cristiana conducta de la reina (mediante la gracia del Señor), que volvió sobre sí, y mudó de vida; conversion que siempre se consideró por uno de los mayores milagros de la santa princesa. Pero muy en breve hizo el cielo otro en favor de la reina, que publicó en el mundo su heróica virtud con esforzado grito.

Tenia la reina un paje muy virtuoso, de mucho juicio y de singular prudencia; por cuyas prendas se valia de él, así para las

limosnas reservadas de muchos pobres vergonzantes, como para otras varias buenas obras secretas. Otro paje del rey se llenó de envidia, y determinó perderle, con cuya maligna intencion significó al rey que no era muy inocente la inclinacion de la reina hácia aquel paje suyo, el cual abusaba de los favores de la princesa en ofensa de su Majestad. Era el rey naturalmente caviloso, y dió crédito con demasiada ligereza al calumniador. Volviendo un día de caza pasó por una calera, y llamando aparte al dueño de ella, le previno secretamente que la mañana siguiente le enviaria un paje á preguntarle si habia ejecutado ya aquel órden que le habia dado, y que al punto, sin responderle palabra, le arroja-se en el horno de la calera. El dia inmediato muy de mañana mandó el rey al paje de la reina, que fuese á tal calera, y preguntase al dueño si se habia hecho lo que su Majestad habia mandado. Partió al instante; pero pasando cerca de una iglesia, entró en ella á oír misa, segun su devota costumbre. Habia comenzado ya la que se estaba celebrando, y le pareció que debia esperar á otra, la que tardó tanto tiempo en salir, que se dilató bastante la ejecucion de su comision. Impaciente el rey por saber la suerte del paje, despachó al calumniador para que se informase si se habia ejecutado lo que habia prevenido. No se detuvo éste á oír misa como el primero; antes bien la maligna complacencia de tener mas apriesa la noticia de su muerte, le hizo apresurar la diligencia. Llegó á la calera, y apenas abrió la boca para preguntar si se habia hecho ya lo que el rey habia mandado, cuando los caleros le arrebataron y le arrojaron en el horno, donde al instante se convirtió en ceniza. Poco despues llegó el paje de la reina, y preguntando si se habia ejecutado la órden del rey, le respondió el dueño, que todo se habia hecho como su Majestad habia mandado. Volvió á palacio, y asombrado el rey al verle, le hizo varias preguntas; descubrió la estraña equivocacion, y reconoció la singular providencia del Señor, que por medio tan extraordinario habia hecho patente la maldad de su paje, y la inocencia de la reina, á quien habia ofendido tanto con sus ligerisimas sospechas.

Despues de este lance parece que ninguna cosa debiera ser capaz de alterar la veneracion y la estimacion que debia hacer de la reina; con todo eso aun se dejó sorprender por la malignidad de algunos cortesanos. Acababa de desposarse con la infanta de Castilla su hijo el príncipe D. Alfonso, y por algunas diferencias se descompuso con el rey su padre. Vivamente penetrada la santa reina con un rompimiento tan funesto á todo el estado, hizo cuanto pudo para reconciliar al padre con el hijo.

Estraordinarias fueron las penitencias que hizo, las oraciones que ofreció, y las lágrimas que derramó para aplacar la cólera del cielo, y para conseguir de la misericordia del Señor una paz sólida entre la familia real, al propio tiempo que con buenos consejos y amonestaciones persuadia al hijo que obedeciese á su padre. El papa Juan XXII escribió un breve á la santa reina, ensalzando su prudente conducta; pero algunas personas mal intencionadas, de aquellas que echan siempre á la peor parte las acciones mas cristianas, la hicieron sospechosa con el rey, interpretando mal sus frecuentes conferencias con el hijo, y le persuadieron que la reina era del partido del príncipe D. Alfonso. El rey demasiadamente crédulo echó á la reina del palacio de Santaren, donde él estaba, privóla de todas sus rentas, y la desterró á la pequeña villa de Alánquer.

Recibió Isabel esta desgracia como favor especial del cielo, y el grande amor que profesaba al retiro, la hizo muy dulce el destierro de la corte. Aprovechóse del mayor tiempo que lograba para aumentar sus ejercicios espirituales y sus penitencias. Estaba tan gozosa en su soledad, que la costó mucho dolor el dejarla, cuando desengañado el rey, la envió órden para que se restituyese á la corte. A esta última tempestad se siguió una calma que nunca se alteró despues. El rey dió público testimonio de su arrepentimiento y de su dolor por la ligereza con que habia dado fáciles oídos á la calumnia; pidióla perdon, perdonó al príncipe su hijo por su respeto, y con el constante amor y veneracion que profesó en adelante á la reina, reparó los ultrajes y malos tratamientos con que la habia ofendido.

Aprovechóse diestramente la santa reina de esta confianza del rey, así para el bien del estado, como para la santificacion del rey mismo, y todo lo consiguió con felicidad. Habia mas de cuarenta y cinco años que reinaba este monarca, cuando se sintió asaltado de una larga enfermedad, que al cabo le llevó á la sepultura. Asistióle en ella Sta. Isabel con tanto amor y con tanta vigilancia, como si fuera una centinela, sin separarse un punto de su cabecera, y tuvo el consuelo de verle recibir todos los Sacramentos con ejemplar disposicion, y de espirar despues entre piadosos afectos. Fué grande su dolor; pero no se abandonó á él. La que estaba tan poco asida al mundo, no pensaba quedarse en medio de su tumulto, y luego que vió roto el único lazo que la detenia, se encerró en su oratorio, se postró á los pies de un Crucifijo, se consagró al Salvador, y le suplicó la recibiese en el número de sus mas humildes siervas. Al punto se desnudó de todas las insignias de la majestad, se cortó por su misma

mano el cabello, vistióse el hábito de Sta. Clara, y volviendo en este traje á la sala donde estaba espuesto el real cadáver, suplicó á los grandes, que ya ni la mirasen, ni la tratasen como á reina. Habiendo pasado algunos dias en ayunos, en vigiliás y en oraciones cerca de la sepultura del rey, se retiró al monasterio de Sta. Clara de Coimbra, que ella misma habia fundado. Habia resuelto abrazar el estado religioso; pero las representaciones, las súplicas y las instancias de hombres piadosos y doctos, la obligaron á contentarse con hacer vida de religiosa, sin estrecharse con la profesión. Mandó fabricar un cuarto cerca del convento, donde pasaba en oracion los dias y las noches. Desde entonces comenzó á ser continuo su ayuno, manteniéndose con solo pan y agua, y ocupándose únicamente en buenas obras. Los pobres, las viudas, los huérfanos, los encarcelados hallaban en Isabel no solo una poderosa protectora, sino una amorosa madre. Estendíase su caridad hasta la otra parte de los mares, dando gruesas limosnas para el rescate de los cautivos que habian caído en manos de los infieles ó de piratas.

Desoló una cruel hambre gran parte del reino de Portugal, singularmente la ciudad de Coimbra; pero la santa reina dió tan acertadas providencias, haciendo venir granos de todas partes, que todos confesaban serla deudores de la vida. Inmediatamente despues de la muerte del rey su marido fué en peregrinacion á visitar el cuerpo de Santiago, cuya iglesia enriqueció con dones preciosísimos; y en el año de 1335, con motivo del jubileo, repitió la misma peregrinacion, haciéndola toda á pié, y acompañada de dos solas criadas, pidiendo limosna de puerta en puerta.

Cuando se restituyó á Portugal supo que su hijo el rey D. Alfonso IV por sobrenombre el *Bravo*, y su nieto tambien D. Alfonso XI, rey de Castilla, estaban para declararse la guerra. Y como la santa reina habia recibido del cielo una gracia muy singular para ajustar las mayores diferencias, y para poner paz en las familias, partió al punto para reconciliar á los dos reyes. Bastó la noticia de este viaje para conjurar la tempestad, y para unir los corazones; pero Isabel cayó gravemente enferma en Estremoz, á la frontera de Portugal y de Castilla. Conoció que se acercaba su fin, y no se puede esplicar el fervor con que se dispuso para la muerte. Quiso recibir el santo Viático de rodillas, y en la misma iglesia, vestida con su hábito ordinario de la tercera orden de S. Francisco; lo que hizo con tan tierna devocion, que la comunicó á todos los circunstantes. Habiendo exhortado despues al rey su hijo á que hiciese la paz, y á vivir cristianamente, re-

cibió la santa uncion con la misma piedad, y pidió que la dejasen sola. Durante este recogimiento se la apareció la santísima Virgen, á quien invocaba sin cesar, y llenándola de consuelos celestiales, la hizo dulcísima la muerte. Mostró tan extraordinaria alegría en su semblante, que acreditó bien el gozo de que estaba inundado su corazon, repitiendo frecuentemente aquellas palabras: «*María, Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos del enemigo malo y recibenos en la hora de nuestra muerte.*» En fin, hácia el anochecer del dia 4 de julio entregó el alma á su Criador, á los sesenta y cinco años de su edad.

Mientras vivió todos la llamaban *la santa reina*; despues de muerta nunca fué conocida por otro nombre. Mandó el rey su hijo, que su santo cuerpo fuese trasportado á Coimbra con real pompa: diósele sepultura en la iglesia de Santa Clara, como la reina lo habia deseado. Hizose muy en breve muy glorioso su sepulcro por las gracias que concedia el cielo á intercesion de la Santa. De todas partes acudian á él por devocion. El papa Leon X permitió su culto público en el arzobispado de Coimbra, y Paulo IV estendió esta permission á todo el reino de Portugal el año de 1612, esto es, doscientos setenta y seis despues de la muerte de la santa reina. Hallóse aun entero su cuerpo envuelto en un paño de seda, y en su honor se edificó una magnífica capilla, donde se colocó esta reliquia dentro de una grande urna de plata. El año de 1625, á 25 de mayo la canonizó solemnemente el papa Urbano VIII, y mandó que se trasladase su fiesta del dia 4 al dia 8 de julio, por concurrir en el primero la octava de las Santos Apóstoles.

SAN PROCOPIO, MÁRTIR.

DESPUES de haber castigado severamente el emperador Diocleciano á la ciudad de Alejandría por su desobediencia, se fué á Antioquia, y allí se le presentó una señora por nombre Teodosia, de estirpe de senadores, que habia sido casada con un caballero cristiano ya difunto, y tenido de él un hijo, que se llamaba Neanias, jóven de gentil disposicion. Llevólo consigo al emperador y suplicóle que le diese algun cargo digno de su persona y ofrecióle una suma considerable de dinero. Aceptó el emperador la ofrenda, y conociendo la calidad de Teodosia y de su hijo, y que eran muy dados al culto de sus dioses, hizo gobernador de Alejandría á Neanias y mandóle que no dejase cristiano á vida. Con esta provision salió Neanias de Antioquia para su gobierno, acompañado de buen número de soldados, y una noche

en el camino le sobrevino un temblor de tierra espantoso con muchos truenos y relámpagos, de manera que los que iban en su compañía despavoridos, y medio muertos cayeron en tierra: solo Neanias, esforzado con la virtud del cielo, paró, y oyó una voz que le dijo: Neanias, ¿dónde y contra quién vas tan arrebatado? Y como él respondiese, que iba por mandado del emperador á concluir con los cristianos, oyó otra voz, que le replicó: ¿Y tú, ó Neanias, también vienes contra mí? Y preguntándole el Santo: ¿Quién sois vos? vió súbitamente una cruz muy mas clara que el cristal resplandeciente, y oyó una voz que salía de ella y decía: Yo soy Jesus crucificado, Hijo de Dios. Quedó Neanias asombrado; pero no de manera que no tornase á preguntar, y á decir: ¿Como es posible, Señor, que vos seais Hijo de Dios, habiendo sido crucificado y muerto con tantos dolores y afrentas? Y el Señor: Yo (dijo) morí por mi voluntad, y tomé sobre mí las penas que los hombres habian de padecer por sus pecados, y con mi muerte los libré de la muerte eterna.

Desapareció aquella vision, y Neanias quedó muy consolado, y tan encendido en el amor de la santa cruz, que luego entró en la ciudad de Scitopoli, y mandó secretamente llamar al mas acreditado platero que allí habia, que se llamaba Marcos, y le dió orden que le hiciese una cruz de oro sin que ninguno lo supiese. Hizola el platero, y cuando la hubo acabado, parecieron en la misma cruz tres imágenes con sus letras en hebreo, que declaraban lo que eran. En lo alto de la cruz estaba escrito *Emanuel*, y en los dos brazos *Miguel* y *Gabriel*. Quedó como fuera de sí el platero: quiso borrar lo que habia hallado, y él no habia hecho; y luego se entorpeció la mano y no la pudo mover. Volvió Neanias: halló su cruz acabada con las letras milagrosas: pagó al platero liberalmente, y partióse muy contento. Para animarle y confirmarle mas en la fe y creencia de la misma cruz, que ya habia comenzado á tener, luego le ofreció Dios una guerra contra los agarenos, que tomaban por fuerza las mujeres á las hijas de los vasallos del imperio romano. Salió contra ellos Neanias, diciendo para sí: Ahora veré yo si el que me apareció en el camino, es verdadero Hijo de Dios. Al punto que estaba pensando esto, oyó una voz que le dijo: Confía, Neanias; porque yo soy tu Señor y tu Dios, y estoy contigo. Con esta voz esforzado dio valerosamente sobre los enemigos, y mató seis mil de ellos, sin perder un hombre de los suyos.

En sabiendo su madre Teodosia la victoria que habia su hijo tenido de los agarenos, yino á darle el parabien y á acompañarle al templo de los dioses para hacerles gracias de aquella mer-

ced; mas el hijo, que estaba ya alumbrado con la luz del cielo, y herido de amor del verdadero Dios, declaró á su madre cuan engañada vivia, y delante de ella derribó sus estatuas de los dioses de oro y plata, y las vendió, y el precio de ellas dió á los pobres. No se puede describir el furor que Teodosia concibió contra su propio hijo; pues olvidando de que era madre, y que le habia tenido en sus entrañas, y parido, y criado, le acusó al emperador Diocleciano; y él mandó luego al prefecto de Palestina, hombre cruelísimo, y se llamaba Justo, que prendiese á Neanias, y le hiciese reconocer y adorar los dioses; ó de lo contrario á puros tormentos le quitase la vida.

Mandóle prender el presidente y llevar á Cesarea; y hallando al Santo invencible y mas fuerte que el acero y diamante, le mandó atormentar cruelísimamente, y despues llevar á la cárcel. Estando en ella el glorioso mártir aberrojado, á la media noche vinieron ángeles del cielo, vestidos de inmensa luz, y llamaron por su nombre al Santo: y él les preguntó, quiénes eran; y ellos respondieron que eran ángeles de Dios, que les enviaba á visitarle. Entonces dijo el mártir: Si sois ángeles de Cristo, hincad las rodillas, y haced la cruz sobre vuestras frentes; y los ángeles hicieron lo que les dijo el mártir. En este punto alzando los ojos al cielo, vió á su mano derecha, no á los ángeles, sino al Rey de los ángeles Jesucristo, vestido de divina é incomparable claridad, que le rociaba con agua, y le decía: De aqui adelante no te llamarás Neanias, sino Procopio: pelea como buen soldado para que otros por tí y contigo sean coronados, y alcancen la gloria del martirio. Oyendo estas palabras el Santo, se postró en el suelo, y pidió perdon de sus pecados al Señor, y fuerzas para padecer muchos tormentos; y al momento quedó sano de todas sus llagas, y con nuevo gozo y resplandor salió de la cárcel, y con sola su vista gran número del pueblo se convirtió, y reconoció por verdadero Dios á Jesucristo nuestro Salvador.

Turbóse el presidente, y queriendo atribuir á sus dioses la salud y el resplandor del mártir, dijo á los circunstantes que alabasen todos la clemencia de los dioses inmortales, por haber hecho aquella merced tan grande á Procopio; pero el santo mártir, dijo: ¿Por qué no vamos luego al templo de los dioses, para que se vea quien de ellos me ha hecho este beneficio? El presidente creyendo que Procopio de veras queria adorar á sus dioses, dejólo ir solo; el cual entrando en el templo, y cerradas las puertas, hizo oracion suplicando á nuestro Señor, que hiciese pedazos todas las estatuas de los dioses que allí estaban, y al momento cayeron todas, y se hicieron pedazos, y los soldados que habian

ido custodiando de lejos al mártir, se convirtieron, deseando ya derramar la sangre por Cristo. Envió el presidente á dos tribunos llamados Nicostrato y Antioco, con buen número de soldados, para que matasen á los que habian creído; mas en llegando al mártir se echaron á sus pies, suplicándole que los hiciese cristianos; y él con admirable júbilo los llevó de noche á Leoncio, obispo de aquella ciudad, para que los bautizase, y despues murieron por la fe á los 21 de mayo (véase el *Martirologio de dicho dia*), y un hombre llamado Eulalio, recogió sus reliquias y las sepultó.

Mas Procopio cargado de hierros, de nuevo fué echado en un calabozo: allí vinieron doce señoras muy principales, confesando que eran cristianas. Súpolo el juez: mandólas prender; y hallándolas constantes en la fe de Cristo, las hizo atormentar con varias y esquisitas penas, y finalmente darles la muerte. Hallóse presente á los tormentos y á la muerte de estas santas mujeres, Teodosia, la madre de Procopio, y viendo que unas mujeres, flacas por su condicion, no se dejaban vencer ni de la terribilidad de los tormentos, ni de las promesas del juez, movida de Dios, entendió que aquella no era cosa humana, sino virtud del cielo y de la religion cristiana; y toda encendida en el amor del Señor, no se pudo contener, y allí en medio de la gente dió voces confesando que era cristiana; y el presidente, atónito, la mandó apalear y despedazar con uñas de hierro y despues cortarle la cabeza. (Véase el *Martirologio del dia 29 de mayo*.)

Es imponderable el gozo que el santo hijo tuvo del martirio de su santa madre; pero el presidente para vengarse de él, le mandó dar muchos golpes en la cara con manoplas de hierro, y abrir su cuerpo, y surcarle con puntas aceradas, y darle otros atroces tormentos; pero como viesse que todo no aprovechaba, de pura pena y congoja cayó malo, y en castigo de su pecado perdió la vida temporal y eterna. Sucedió Flaviano á Justo, no ménos cruel que su predecesor, y se propuso persuadir al Santo que obedeciese al emperador; mas cuando vió que perdía tiempo, mandó á uno de sus criados, que se llamaba Arquilao, que con la espada atravesase al santo mártir, y allí le acabase; pero cuando Arquilao alzó el brazo para descargar el golpe, perdió las fuerzas y cayó con su espada en el suelo; y Flaviano, no sabiendo que hacerse, mandó de nuevo llevar á la cárcel á Procopio, y al cabo de seis dias despedazarle con duros nervios, y quemarle todo el cuerpo con planchas encendidas, y echar sal en las llagas. Todo esto sufría el Santo con increíble constancia; y el juez no sabiendo ya que hacerse, mandó que á la mano derecha

estendida sobre un altar de los dioses, le echasen ascuas é incienso, para que si movia la mano, vencido del dolor del fuego, pareciese que habia sacrificado á los dioses; mas habiendo estado así largo espacio, quemando el fuego, y comiendo lentamente la carne, no movió la mano, antes alzando la voz dijo aquello del salmo: «Vos, Señor, habeis tenido mi mano.»

No se acabaron aquí las batallas de Procopio; colgáronle de los brazos, echando á sus pies piedras muy pesadas, para desmembrarle, y arrojáronle despues en un horno encendido, y por la virtud de la santa cruz que hizo al fuego, no le quemó á él, sino á los ministros que lo avivaban. Finalmente el impió juez mandóle degollar; y al tiempo que se habia de ejecutar la sentencia, se puso en oracion y suplicó á nuestro Señor con muchas lágrimas por la salud de los que estaban allí presentes, y por todos los que despues de su muerte á él se encomendasen y pidiesen favor por su intercesion. Una voz del cielo le aseguró que el Señor habia oído su oracion; y tendiendo el cuello, le fué cortada la cabeza tal dia como hoy.

La misa es en honra de Sta. Isabel, y la oracion la siguiente:

O clementísimo Dios, que entre otros dones con que enriqueciste á la santa reina Isabel, la favoreciste con la gracia singular de aplacar el furor de las guerras; concédenos por su intercesion la paz de esta vida mortal, que humildemente pedimos, y despues los dichosos gozos de la eterna. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo 31 de los Proverbios.

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las estremidades del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien, y no con mal todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de lejos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad, y la compró; y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico: su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y estendió su brazo hácia el pöbre. No temerá que

molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras, lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió; y dió un cingulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último día. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su len-

gua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada; también su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza: la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

REFLEXIONES.

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es tesoro que dista mucho de nosotros, mas precioso que todo cuanto nos viene de los últimos términos del mundo. Es un tesoro una mujer virtuosa, dice el Sabio; pero tan raro y tan esquisito, que no tiene precio. ¿De donde nacerá esta escasez, cuando no hay cosa mas comun que la devocion en las mujeres? Es verdad; pero tampoco la hay mas regular que beatas aparentes, y devotas de perspectiva. No aciertan, ó no quieren acertar con la devocion verdadera, porque no siguen el espíritu de Dios, sino su genio y su capricho. El humor, el natural y la inclinacion son los únicos oráculos que consultan; gobiéranse por el genio mas que por la razon. De aquí nacen aquellas ilusiones, aquellas extravagancias, y aun aquellos descaminos en punto de devocion, que tanto perjudican á la piedad cristiana. Una descuida de las mas esenciales obligaciones de su estado con pretexto de ejercitarse en buenas obras; otra abandona el cuidado de su casa, y de su familia, por estarse toda la mañana en la iglesia; esta se distingue por sus limosnas, y la otra por sus largas devociones; pero ni esta ni aquella pagan á los oficiales, y las casas de las dos están sin orden y sin gobierno. ¿Quieres formar una justa idea de una mujer verdaderamente devota y virtuosa? pues pón los ojos en el retrato que hace de ella el Espíritu Santo en la Epístola presente.

El santo temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría; es como la basa y el cimiento de todas sus buenas prendas. Su marido la entrega el corazón, y coloca en ella toda su confianza. Súposele ella ganar con su dulzura, con su humil-

de rendimiento, y con su buen modo; de manera, que enteramente la abandona el cuidado de la familia, bien seguro de que con su gobierno y con su economía dará providencia en todo, nunca le ocasionará el menor disgusto, y será todo su estudio la vigilancia sobre la casa, y la aplicacion á que todo ande bien gobernado. Poseyendo todas las calidades que constituyen una buena esposa, carecerá de todos los defectos que hacen infelices los matrimonios. Será humilde sin afectacion, modesta sin artificiosidad, y por su virtud se merecerá la veneracion de todos; de manera, que su igualdad, su afabilidad y su grave compostura no solo se deje admirar, sino que haga amable la virtud. No será la menor de sus partidas la exactitud en pagar la soldada á sus criados, y la caridad en socorrer sus necesidades; estendiéndose esta á compadecerse tambien de las forasteras, la ganará el corazón de todos los pobres. Léjos de dar en el escollo de la ilusion, estará muy persuadida á que la primera y la mas principal de sus obligaciones es el cuidado de su familia y de su casa; en cuyo concepto gustará mucho del retiro, y el tiempo que la dejaren libre las ocupaciones de su estado le empleará en oracion, en buenas obras, y en las labores de manos. Acaso esta devocion no será el día de hoy muy de la moda, ni muy del gusto de todas las beatas; pero no importa; es una devocion verdadera, pura y sólida; cualquiera otra es sospechosa, y muy frecuentemente una mera ilusion, y nada mas.

El Evangelio es del capítulo 13 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, te esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué, y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar, que coge toda suerte de

peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Asi sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinar de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondieronle: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.